

Raquel Gil Montero, *Caravaneros y trashumantes en los Andes Meridionales. Población y familia indígena en la puna de Jujuy, 1770-1870*, Lima, Perú, 2004.

Estela Noli

El libro expone una investigación dedicada a la estructura y a la dinámica de la población, centrada en las familias puneñas durante un siglo. Está organizado en cuatro capítulos: contexto, la economía campesina, la familia indígena y cambio y adaptación. Cada uno de ellos presenta un marco teórico-metodológico de los problemas que aborda con discusión actualizada. La densidad teórica y de investigación requería, para realizar una aproximación sistemática, de un estudio que no creo sea ésta la oportunidad de realizarlo.

Trataré aquí dos aspectos que atraviesan la obra, la temporalidad y el uso de fuentes, y realizaré algunas observaciones sobre un tema ineludible en los estudios puneños: la continuidad de una cultura de la movilidad.

La cronología del libro abarca el estudio de la familia puneña y su contexto desde 1770 hasta 1870. Si lo pensamos en clave de historia “nacional”¹ desde el

¹ Las comillas se justifican por la discusión que sometió la historiografía a la perspectiva totalizadora centrada en los acontecimientos políticos y en la dinámica capitalina.

Virreinato a las puertas de la república conservadora y el modelo agrario exportador. Pero el espacio en el que ha transcurrido ese tiempo, la puna jujeña, y el objeto de estudio, la familia: esos vínculos sociales y jurídicos cambiantes y a la vez de larga duración, dan al tiempo del estudio un espesor diferente de esos años en que los que se ha concentrado el imaginario de la construcción de la patria criolla. Tan vertiginosos que se inician con las reformas borbónicas en el imperio colonial español, seguidas por los movimientos independentistas y la guerra revolucionaria, las disputas ideológicas con el ingreso de las ideas de la ilustración tardía y la persistencia y reformulación de modelos conservadores, que desembocaron en las guerras civiles. En esta línea de pensamiento histórico, cambio político que define las coyunturas, la centuria elegida se cierra con la emergencia de un grupo de poder que impone su hegemonía y emprende la construcción del estado – nación, proceso en el que entre otros imperativos se torna urgente la

delimitación de fronteras para lograr la incorporación plena al capitalismo periférico, con su secuela de guerras entre las nuevas repúblicas y de conquista militar de los territorios de autogestión indígena.

Y no es que en la puna jujeña esta historia "haya pasado de largo", tuvo incidencia y mucha. Pero, en una historia regional, cada una de las coyunturas tuvo un peso distinto y es posible conocer estos procesos desde una posición distinta y reveladora. No quisiera que se entienda que hablo de un tiempo folklórico, inmóvil. Todo lo contrario, la familia indígena de la puna jujeña se hace "visible" a partir de la política de empadronamientos quinquenales puesta en marcha por los Borbones. La puna jujeña no sólo no desconoció la guerra; fue frente y frontera. Ahí se alistaron ejércitos formados por indios, muchos de ellos sospechados de traidores; sangría compulsiva que afectó a las familias. Aquí se nos devela la atmósfera turbia de las fronteras en la guerra de la independencia, de los prejuicios de los generales patriotas hacia la gente puneña, "indios", ampliando y haciendo más complejas las imágenes de los procesos de emancipación. También las guerras de las repúblicas independientes hicieron su presa de la gente y recursos puneños.

Pero el enfoque regional y de larga duración permite observar otras coyunturas tan incisivas como aquellas, como las sequías y las epidemias, así como variadas respuestas que remiten tanto a la continuidad como al cambio.

En estos tiempos, Gil Montero ha hecho foco en la familia; las preguntas han sido guiadas con el paso de la demografía y la voz de la antropología. El tratamiento del tema con esta estrategia de cruce disciplinar, la llevó a cuestionar las categorías universales, es decir etnocéntricas, y le ha permitido construir un texto poroso, de narrativa fluida, en el que, además de la línea argumental que cohesiona el relato, se asoman cuestiones que permiten abordajes diversos.

Para darle catadura, rostro, nombres a los datos de las encuestas que, a través de sus escuetas numeraciones, dejan ver gente; para poder definir conceptos como hogar y residencia, la autora se ha preguntado qué quieren decir estas nociones en la puna. Resultaron valiosos los trabajos actuales de antropología pero, a partir de su propia investigación en documentación histórica, le ha dado anclaje en el tiempo de su estudio. Aquí el abordaje realizado con el método indiciario propuesto por Carlo Guinzburg sobre documentación

judicial criminal le ha permitido pensar la perspectiva local, para interpretar la información demográfica de fuentes estadística y proto-estadísticas.

Quisiera detenerme en la calidad y riqueza de las fuentes cualitativas utilizadas: los expedientes de la justicia criminal. Los historiadores conocemos las posibilidades y límites de estos registros. Se ha notado que ellos tratan hechos excepcionales que, por eso, carecen de representatividad. Pero también, que el tipo de testimonios que reúnen, permite el ingreso a realidades opacas en otras fuentes: la intimidad de las situaciones en las que han ocurrido los crímenes o delitos que se investigan. Situaciones que, a pesar de la interferencia de la traducción en el caso de minorías étnicas, están narradas por los actores locales. La documentación penal, como un tajo, muestra la intimidad de la vida cotidiana. Como aquellos vecinos que en tiempos pasados, hace unas décadas atrás, entraban a las casas cuando estas se abrían en ocasión de algún velorio, no tanto para saber las cuestiones inherentes a la muerte, sino para mirar todo aquello que no conocían de sus vecinos: los muebles, la cantidad de habita-

ciones, la vajilla, los parientes lejanos y tantas otras cosas más. Así los historiadores miramos lo que rodea al crimen para comprender y conocer parentescos y sociabilidad, religiosidad, hábitos de residencia y la cultura material, entre otras muchas cuestiones que pueden interesar. Para estudiar élites, se puede acceder a la fría enumeración de testamentos e inventarios, pero las investigaciones de sectores subalternos no tienen esa chance, es entonces cuando la fuente judicial criminal adquiere un valor inestimable.

Pero, además de estas condiciones, que son comunes para investigaciones en diferentes regiones y tiempos, Gil Montero ha accedido a ricos repositorios, trabajando con sutileza y sofisticación la interpretación de estos testimonios. Quiero detenerme en el modo como ha construido la comunicación de su pesquisa. Ha seleccionado citas largas y claras, las que están explicadas críticamente en su contexto de producción. Normalmente tenemos un poco de antipatía por las citas largas, pero aquí no saturan la narrativa y son verdaderamente maravillosas, llenándonos de historias puneñas; sustentando no sólo la argumentación de hipótesis, sino también abriendo ventanas a una cultura.

Cito una de ellas:

“[...]se marchó la declarante a pacentar el ganado y que le siguió Vivas a poca distancia, que salieron y le quitó a la declarante una bolsa de coca y ella le arrebató el poncho y después continuaron al campo hasta tomar altura, antes de esto se separó el tal Vivas y volvieron a reunirse y permanecieron en dicha altura [el marido los alcanza arriba] [...] y enseguida le tiró una piedra al dicho finado quitándole el sombrero [...] y que sólo se afirme que había muerto con el viento.” (Pág. 192)

Un apartado importante es el dedicado a la movilidad de la población puneña, cuestión central que la autora ha elegido expresar en el nombre del libro: “Caravaneros y trashumantes”. En el capítulo referido a la economía campesina, se analiza la movilidad en la estructuración económica y social, y las diversas prácticas que la caracterizan: de larga distancia –caravaneo–; de corta y media distancia –tras-

humancia pastoril–. (Pp. 143-163) Así también como la inscripción en el espacio de este aspecto de la cultura, a través del patrón de residencia múltiple. Pero más allá de estar claramente presente en estos contenidos, *todo* el libro habla de gente que se mueve *todo* el tiempo. Así, tratando temas como herencia, matrimonio, relaciones extramatrimoniales, los testimonios hablan de personas que esta viniendo, llegando, saliendo, viajando; es decir, en un constante gerundio. Como hemos señalado, las fuentes cualitativas son las judiciales del fuero penal; así el crimen, el incesto, el adulterio ocurren a la par del ajeteo de las personas, los animales y las cosas.

Finalmente, el libro puede ser valorado como una obra de referencia para los especialistas de temas andinos y específicamente puneños, pero también para un público más amplio, pues no sólo nos presenta un tema, una investigación, sino también un mundo.

Pablo Paolasso

En este libro, Gil Montero se ha propuesto estudiar la familia y la población en la puna jujeña entre 1770 y 1870, un período de transición en ese espacio. A lo largo de esos cien años, una población que era importante desde el punto de vista económico y demográfico, fue paulatinamente perdiendo volumen. Tal como lo demuestra la autora, las tradicionales explicaciones que vinculan a esta pérdida de preeminencia con el surgimiento de los ingenios azucareros en los valles tropicales, no explican suficientemente el fenómeno, el cual se relaciona más bien con una serie de factores naturales, sociales, económicos, políticos y demográficos.

Se aborda así el problema desde la perspectiva de la territorialización del espacio puneño, de las diferentes formas de ocupación del mismo, que fueron, por otra parte, cambiantes en el tiempo.

A lo largo de su trabajo, Gil Montero muestra de qué manera se despliegan diferentes tipos de flujos en el espacio (de ganados, de trabajadores, etc.) y cuáles son las estructuras que posibilitan o permiten el desplazamiento de tales flujos; busca aprehender cómo ha sido ocupado el

espacio tanto por sus construcciones como por sus actividades, pero revela también de qué manera la sociedad (un grupo o a veces los individuos) domina la organización y el control del espacio, así como la forma en que se reparten los recursos o se generan nuevos usos de los mismos.

Todos esos factores, se ha demostrado ya en otras investigaciones, no son independientes entre sí, y además se encuentran fuertemente condicionados por los caracteres culturalmente objetivados que posee el medio natural –restrictivo de por sí– para los diferentes grupos humanos que habitaban el espacio puneño.

Se tiene en cuenta, de ese modo, cómo se despliegan – como resultado de diferentes prácticas sociales, de formas de interpretar la naturaleza– las prácticas materiales espaciales, las cuales median las relaciones existentes entre la sociedad y la naturaleza.

La articulación de esos elementos, esencialmente cambiante a lo largo del tiempo, fue la que definió las diferentes formas de territorialización del espacio puneño.

Debe decirse, sin embargo, que por momentos el enfoque se torna excesivamente determinista al otorgársele a los factores ambientales un rol preponderante en la anemia demográfica que sufrió la comarca puneña. Si eso fuera así ¿cómo se explicaría que en el momento previo a la conquista por parte de los Incas o de los colonizadores españoles la ocupación del espacio fuera más rica y más densa?

En efecto, en el momento previo a la llegada de los incas, se dio en la puna el clímax de su desarrollo agrícola, ganadero y demográfico. Los incas y fundamentalmente los españoles produjeron una importante desestructuración territorial, generaron un proceso de regresión.

En los inicios de la colonización española la puna fue frontera de indios de guerra y sólo se integró lentamente al mundo colonial, transformándose en un espacio periférico en el esquema de la conquista. La ganadería se transformó en la principal actividad económica y las concentraciones urbanas que existieron en el momento previo a la conquista desaparecieron, dando lugar a un patrón de asentamiento disperso.

Hacia fines del siglo XVIII la población alcanzó un *techo* (alrededor de los 9.000 habitantes)

que sólo sería superada entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando las prácticas materiales de la población, debido fundamentalmente a estímulos externos a esa área, se modificaron sustancialmente.

La práctica de una ganadería trashumante, basada en la cría de ovejas y llamas principalmente, de una agricultura realizada en pequeña escala o la realización de actividades mineras sumamente rudimentarias sustentadas en la extracción de sal y oro, así como la confección de productos textiles, los viajes de intercambio que transformaron a la arriería en una actividad preponderante y vital, en un contexto donde la población no era dueña de la tierra, pero que habitaba por generaciones en el mismo lugar, en un ambiente sumamente restrictivo, con escasa precipitaciones y suelos poco fértiles, son los elementos centrales que prefiguraron el territorio puneño entre fines de la colonia y 1870.

A lo largo de ese período fue aumentando la precariedad de las condiciones de vida de la población. Los habitantes de la puna, además de sufrir la merma de sus recursos, tuvieron que enfrentar, conforme se fue configurando la frontera internacional durante el siglo XIX, la alteración

de sus circuitos tradicionales de abastecimiento de los alimentos que no podían producir, pero que eran centrales en sus dietas. Esas causas hicieron que la población encontrara un *techo* y no superara la cifra de 9.000 habitantes, sumiéndola a su vez en un empobrecimiento general y creciente.

Solamente cuando se modificaron las formas de acceder al trabajo, se mejoraron las comunicaciones o se instalaron grandes empresas mineras, es decir, cuando se modificaron las relaciones entre sociedad y naturaleza, cuando se modificaron las prácticas materiales espaciales, la población creció por encima de ese *techo*.

Tales análisis permiten desvirtuar, por otra parte, una serie de lugares comunes existentes con respecto a la población y la constitución de las familias en la puna, que la asimilaban con las estructuras demográficas y familiares de otras comarcas andinas

La originalidad e importancia del estudio efectuado por Gil Montero no solamente se extiende a la perspectiva del abordaje, sino también al campo metodológico. La autora se pregunta permanentemente si es que los modelos sobre la familia y la población, elaborados principalmente para las poblaciones eu-

ropeas, son aplicables al problema que se propone indagar. Descubre que esos modelos son, en el mejor de los casos parcialmente ajustables a los problemas de la población puneña, señalando, de acuerdo a las precarias fuentes de las que dispone, las modificaciones que deben realizarse a tales modelos para poder efectuar su análisis.

Caravaneros y trashumantes en los Andes Meridionales, se transforma así en un trabajo de referencia para todos aquellos que emprendan estudios sobre la población y la familia en el noroeste argentino.

Para algunos se trata de un estudio de demografía histórica, para otros de geografía histórica o, porqué no, de historia social o historia agraria, lo cual no hace otra cosa que demostrar que más que la disciplina, lo que interesa es el problema que se aborda y las herramientas teóricas y metodológicas que se emplean para su análisis.

En tal sentido, este trabajo de Gil Montero constituye un aporte sustancial no solamente al conocimiento de la puna en un período específico de la historia, sino al amplio campo de las ciencias sociales.